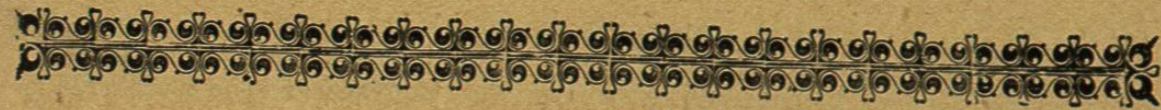


torres del homenaje á cuyos pies yacían las generaciones destituidas de sus almas, trata de negros que manchaban desde las estrellas del cielo á las fosforescencias del mar, esclavitud colonial, prestaciones feudales, mediante las que todos los gozes eran para uno y todo el trabajo con sus trabajos para los demás; hogares abiertos á las cartas del rey que podían profanarlos á su guisa y disolver las familias; dividiendo sus individuos con encerrarlos vivos en el abismo donde se levantaban las Bastillas; derecho de vida y muerte sobre las personas amenazadas de desaparecer bajo los procedimientos feudales que daban á la violencia y al asesinato caracteres jurídicos; horribles crímenes derivados de las antiguas conquistas y de las antiguas castas, ¡ah!, todo se hundió al grito sublime de aquel Congreso constituyente, que merecerá por toda una eternidad el culto de los hombres y las bendiciones de Dios.



## CAPÍTULO TRIGÉSIMO-PRIMERO

Traslación de los Reyes á Paris

**S**OBRE Rey. Las palabras dichas en público y revocadas en secreto; las inteligencias á medias con todos los partidos; las indignaciones manifiestas contra el extranjero y los tratos recatadísimos para llevarlo á Francia; la humillación real á cada victoria popular seguida del intento reaccionario que contenía mil proyectos de sañuda venganza; promesas juradas y sus reservas mentales; el doble juego que seguía con tanta inocencia exterior y tan avieso maquiavelismo interno; todas estas falsías infames perdieron su nombre ante la Historia y no salvaron su causa en la nación. Nadie debe maravillarse, pues, si en los incidentes más vulgares adivinaba el pueblo, con su natural instinto de adivinación, las conjuraciones secretas, y se movía para desconcertarlas con esa fiebre que la electricidad revolucionaria presta siempre á los nervios de las muchedumbres y los nervios agitados de las muchedumbres y sus determinaciones colectivas. María Antonieta por su lado no se corregía tampoco. Todo el mundo sospechaba de su persona y de su política mucho malo. Daba pábulo á las sospechas universales el defecto capitalísimo de la Reina, su ligereza en el hablar, su afición casi parisién á la gracia ingeniosa; pero mortalmente odiaba de todo el mundo, de su pueblo y del extranjero, de la familia real y de la plebe, de los representantes de la nación y de los representantes de las naciones extrañas; sus dichos aumentaban los generales odios asestados á ella, pues no tenía ni el recato ni la reserva de las princesas de su raza, cuyas fisonomías vemos en los lienzos de nuestros artistas y en las páginas de nuestros historiadores, sino la volubilidad llevada hasta el último grado y la

continua garrulería llena de malignidades satíricas. Pero su empeño en que el archiduque Maximiliano tuviera cuando visitó éste Versalles primacía sobre los príncipes de la sangre real francesa, llamáronla todo «Austriaca» en la corte, antes de que el pueblo se lo llamara. La enemiga de los Orleans provino de una gracia, muy merecida por el duque, pero muy cruel. Como convirtiera el potentado su jardín magnífico en tiendas, para lucrarse arrendándolas, díjole un día en plena corte, entre las risas imperdonables de los cortesanos: «Desde que V. A. tiene tantas tiendas, solo podrá venir á vernos los Domingos.» Pues en este momento que historiamos, al organizarse el poder público y discutirse la sanción regia, ó sea el veto, sus gracias debieron menudear de tal suerte, que todo el mundo la llamaba en París madame Veto. De consiguiente, una sola imprudencia cometida podía perderla sin remedio; y la cometió sin reflexión y sin escrúpulo.

Ya hemos recordado que la llamaban el hombre único de su familia. Tendría todo el vigor y toda la fuerza, que sus apologistas quieran prestarle. No le faltaba la necesaria serenidad en los trances más peligrosos, ni la pronta resolución en los minutos más apurados, ni una mezcla feliz de ternura femenil con energía y dignidad regias. Mas le faltó el talento varonil por excelencia, el talento político. Aquella mujer pensaría muchísimo, mas no acertaba jota en ciencias y artes de gobierno. Sus salidas de tono y sus arrebatos de genio agravaban el mal que hacían un príncipe débil como su marido Luis XVI y un estadista irresoluto como su ministro Necker. Los seis meses precedentes á la reunión de los Estados generales habían pasado en constante anarquía. Y no fué porque dejara de contar la realeza como principio y la dinastía como personificación de este principio, un grande favor en Francia. Nadie podía olvidar que fundó el Rey la unidad muy difícil de aquella nacionalidad. Nadie podía olvidar que la familia del Borbón había dado con Enrique IV, riqueza y paz al pueblo, amén de su primer hacendista, Colbert; que con Luis XIII le había dado predominio en el mundo, amén de su primer político, Richelieu; que con Luis XIV, gloria militar, amén de su primer general, Condé. Así Luis XVI fuera el más amado de los Reyes, no obstante la sombra proyectada sobre su persona por la horrible persona de su abuelo y predecesor, Luis XV. De tal amor la Reina participó largo tiempo. Tuvo su edad de oro en la Historia. Hubo entre María Antonieta y el pueblo francés su luna de miel. Pero entre la dinastía y la corte, ayudados por las ligerezas de María Antonieta, divorciaron á la Reina del pueblo y lo perdieron todo. Así que no podía presentarse ante la multitud sino recelosa. Y este recelo en vez de hacerla tímida, como hubiera hecho á otra mujer, hacía tan airada, que tenía triste aspecto de soberbia. En cuanto veía la multitud, se corroboraba en la imposibilidad, absoluta de una inteligencia con ella. Y tras el convencimiento de tal imposibilidad, asaltábanle supersticiones sin cuento. Durante la procesión magnífica que precedió á las primeras sesiones del Congreso nacional, estuvo á punto de perder el sentido, y desmayarse, notando el aire de hostilidad que mani-

festaba el pueblo contra ella. Pocos dias después, como se hallara de coloquios con sus damas, en las altas horas por la noche, y se apagasen las cuatro bujías á cuyo resplandor se iluminaba la estancia, imputó el caso y accidente á presagio y augurio como aquellos puestos por los autores trágicos antiguos al comienzo de sus tragedias. Así, poco después del asalto á la Bastilla, y poco antes del viaje á Paris de Luis XVI, pensó en partirse á Metz y hacerse allí fuerte, y requerir de los extranjeros auxilio conducente á salvar el trono y la dinastía francesa en el centro de la monárquica Europa. Tomáronse muchas disposiciones á este fin, salieron hasta los coches destinados á la fuga y se hallaron cerca de las habitaciones reales; y el consejo de un cortesano reflexivo la salvó de aquella ruina y deshonor que atraía con tantas insensateces, como á cada paso cometiera, sobre su persona y sobre su historia.

Dada su situación de ánimo, ya puede suponerse cómo estaría la Reina durante las mortales horas que pasó el Rey en Paris. Para ella los franceses no eran ya vasallos de la Monarquía; eran enemigos. En vano le mandaban tranquilizadoras noticias, diciéndole cómo los diputados rodeaban al soberano escudado por la representación legítima del pueblo. Lo llevan al madero, exclamaba con frecuencia, retorciéndose los brazos de dolor y yendo á los balcones como una loca en busca de nuevos emisarios. Si le decían que cañones y fusiles se presentaban cubiertos de flores, contestaba: esas son las coronas del sacrificio. No faltó quien le dijo que había muerto en los Campos Eliseos una persona de las que aguardaban á Luis XVI; y tampoco faltó el comentario de la Reina diciendo que había muerto aquella víctima de un golpe marrado y dirigido contra el Rey. Así se afligió á toda la corte sosteniendo en voz alta que le dejarían volver. Su insensatez llegó tan lejos y sus aprensiones tomaron tal giro, que se creía regente de sus hijos, nombrada por el Congreso Nacional de Versalles indignado contra la prisión y cautividad del Monarca, que creía ella indudable. Así estuvo escribiendo discursos y recitándolos luego de coro para presentarse con sus dos hijos, el Delfín y la Princesa, en presencia de los diputados: «El pueblo francés, proponíase decir, no podrá desatar en la tierra el matrimonio de sus Reyes atado por Dios en el cielo. Pongo á mis hijos bajo la protección del pueblo, porque sólo ellos pueden perpetuar su existencia y darle toda la prosperidad que necesita y toda la gloria que merece.» Después de haber acariciado este proyecto, al ver las dificultades con que podía tropezar, volvíase irritada contra sí misma, y se reconvenía y se golpeaba por no haber persistido en su proyectado viaje á Metz y por no haberse presentado como amazona en presencia del ejército y haberle movido contra los insurrectos para que terminase aquella revolución abominable. Como ya no esperaba remedio en sus fundadas aprensiones pesimistas, sino del exceso de sus males, embarcaba con empeño á todo el mundo en la emigración para que los emigrados contasen cuanto sucedía en Francia y trajesen por Oriente y por Occidente intervenciones extranjeras, á las cuales ¡ay! libraba

ella su inmediata salvación. Imposible decir qué ataques de nervios, qué desvarios de cabeza, qué histéricos de humores, qué sumas de proyectos, qué temeridades inverosímiles de planes la sobrecogían y dominarían en aquellos minutos dado el natural anhelo por el Monarca y la inevitable ansiedad. Su corte parecía un duelo. Todo el mundo lloraba. Por aquellos tan largos días estivales no estaba en el caso de temer, que la noche fuese cómplice de la revolución. El Rey debía llegar entre nueve y diez, poco después del anochecer, según sus cálculos, y llegó á tal hora. Cuando arribó sano y salvo, hubo un estallido de alegría, muy natural en aquella neurosis de los espíritus y en aquel movimiento de los corazones; pero muy ofensivo al pueblo francés. ¿No había más imprudencias que intentar, ni más faltas que cometer? Aún las había.

Pasaba la noche del 1.º de Octubre de 1789. Los oficiales del batallón de Flandés, con cazadores, dragones y suizos, que guarneceían á la sazón el sitio real de Versalles, asistieron á un convite dado por los conocidos entonces con el nombre de guardías de Corps. El teatro de palacio, que tanto reluce á la luz artificial, muestra sus vivísimos colores, de cuyas combinaciones surgen genios como aleteando, al par de sus dorados, en cuyas áureas superficies se reverberan y abrillantan las múltiples luminarias reflejadas también, durante el singular espectáculo que describimos, en la cristalería y argentería de la deslumbradora mesa; la música real escondida en misteriosa tribuna, difunde con sus acordes ardor extraño en las enardecidas venas de los guerreros comensales; diversos uniformes, por doquier esparcidos, y en tal momento muy realzados, contrastan y completan los vestidos y tocados de las damas instaladas en las galerías; los dichos más imprudentes en sentido realista exaltan los espíritus ya sobrecitados por los vapores del vino y por la comunicación de las ciegas pasiones creídas de que el mundo entero se contiene y encierra en aquel escenario y la vida toda en aquellas copas, y al instante de mayor extravío, á los postres, en el delirio de las cabezas aligeradas por tantos vapores, entre los brindis temerarios, aparece la familia real, Luis XVI con su venerable aspecto, María Antonieta con sus gracias, aumentadas por el regio y hermoso niño que trae en brazos, los gentileshombres de cámara al lado de las damas de honor, y arrebatan de tal suerte á todos, que los sables centellean, los juramentos suenan, las escarapelas tricolores caen, las aclamaciones reaccionarias suben, las exaltaciones realistas vuelven, y toda la guarnición, representada allí por su estado mayor y aun por algunos soldados, se juramenta, en la exaltación de semejante orgía, con ruidoso compromiso, á soterrar la Asamblea constituyente con todos sus diputados y devolver á la real familia con su absoluta autoridad su perdido esplendor y sus históricos prestigios: que todos los milagros imaginables se creen capaces, en sus arrebatos y en sus vértigos el vino y el amor. La noticia de semejante desorden llega con rapidez á París, exaltando en sentido bien contrario al que acaba de manifestar tan á deshora la guarnición de Versalles. Las gentes industriadas en política creen palpar la cons-

piración urdida entre las camarillas de la corte, diseminadas aquende y allende la frontera, y el realista marqués de Bouillé, general en jefe de las tropas acantonadas en Metz y en Nancy, hombre adscrito al régimen monárquico y al Rey en aquel diluvio de ideas, soldado de disciplinas y de ordenanzas á lo antiguo en aquella renovación súbita de todas las instituciones, uno de esos espectros de lo pasado, que aparecen como por conjuros sortilégicos en lo presente, sin comprenderlo y ni siquiera mirarlo por un culto fervoroso á lo pasado. Las clases neutras, las más ajenas á toda política y más doloridas por una plaga pública, por el hambre de tan estéril año, comparando su miseria, ya larga, con los recientes hartazgos de Versalles, aumentan la cólera popular y mueven á una con quejas desesperadas á resoluciones desesperadas también.

Los defensores de la Reina, conociendo como de tal acto provienen las capitales desgracias á su persona ocurridas desde tan tremenda noche hasta el día de su muerte, quieren justificar su proceder descargando sobre la población de Versalles y de París el peso de la formidable responsabilidad contraídas por los autores y causantes de tan horrible discordia. No pueden disculparla. En primer lugar, suponen existente una vasta conjuración dirigida con empeño á trasladar la corte desde Versalles á París. No hubo tales conjuras, ni Cristo que lo fundó; esas especies parecenme dichos de comadres. Hubo, sí, una opinión profunda y verdadera que discurriese con acertada lógica é infalible instinto. En Versalles predominan los cortesanos, en París los patriotas; pues traslademos, decía una extendida opinión, los Reyes á París, con el fin de que los dirija el pueblo, en vez de dirigirlos la corte. Al recelo causado por estallidos de opinión, que los realistas llaman todos, no á derechas, á torcidas, conjura, debióse la repetición de los mismos actos generales del ataque á la Bastilla: el llamamiento de muchos Reyes por las tropas, idóneas tan sólo para que las mutuas sospechas de unos contra otros se aumentasen y se perdiesen las esperanzas de concordia. Rocheterie, último historiador de la Reina, verdaderamente realista, imputa la reunión del ejército regular en Versalles al miedo y desconfianza que despertaban en la corte los nutridos batallones de la Milicia nacional versallesa. Mil cien hombres, un regimiento llamado de Flandes, llegó hacia el 23 de Diciembre, con el asentimiento de la Municipalidad y mandados por un coronel demócrata, Lusignan, quien, diputado y político, se asentaba entre los grupos de la extrema izquierda. Con tales datos pretenden desconocer la conjura. Pero todo lo conjurado tiende á envolver con apariencias engañosas el fondo de sus propósitos y el conjunto de sus maniobras. Ciertamente que la Reina entregó la víspera del banquete banderas bordadas por su mano á la Milicia nacional; pero también cierto que tales demostraciones tiraban á disimular sus preferencias. La cena de las guardias fué una cena realista. El historiador de tal carácter, no pudiendo negar la imprudencia cometida por los Reyes al acudir á la fiesta, excusóla diciendo que se aburría en la velada María Antonieta, y se fué de su gabinete al teatro para divertir al delfín, muy afi-